

NOTAS SOBRE AVES DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

El verano próximo pasado tuve ocasión de visitar la estancia « Los Molles » en San Cristóbal, por gentil invitación de su mayordomo, el doctor Andrés Decamps. Como fuí con el principal objeto de descansar, no hice todas las observaciones que hubiera podido en otras circunstancias; pero escribo estas líneas sin ninguna aspiración científica y sólo para dar una idea del aspecto general de la región y de la vida y costumbres de las aves autóctomas que pude observar.

La estancia « Los Molles », está situada en la Provincia de Santa Fé, a los 30° de latitud Sud y a los 61° de longitud aproximadamente, sobre un terreno llano; tiene casas bajas, todas blanqueadas y rodeadas de paraísos, de corpulentos eucaliptus en hilera, de algunos aguaribayes, ligustros, dos durazneros y otros árboles de menor importancia. En el alero infaltable, la madre selva brinda sus dulces flores a los delicados colibríes [*Hylocharis ruficollis* (Vieill.) y *Chlorostilbon aureoventris* (Lafr. et Orb.)]. El conjunto está rodeado por algunos potreros y luego viene el monte, característico del lugar, formado en gran mayoría por chañares, ñandubayes y arbustos espinosos y agresivos, que atajan a los intrusos. Las lianas contribuyen a hacer más enmarañado el monte; infinidad de variedades de cactus extienden sus erizados y carnosos tallos, vulgarmente considerados como hojas. Enredadas en la corteza de los árboles crecen las plantas parásitas, líquenes, flores del aire. En las isletas, donde se desarrollan hierbas naturales se encuentra algún animal paciendo.

A menudo a causa de las recientes lluvias se encuentran esteros y bañados poblados de plantas acuáticas que entre sus hojas albergan infinidad de mosquitos listos al ataque; al presentarse uno allí es gentilmente anunciado por los teros [*Belonopterus cayennensis grisescens* (Prázâk)] o por los chajáes [*Chauna torquata* (Oken)]; emprendiendo, además, pesado vuelo algún doroteo [*Tantalus americanus* (Linn.)] o una cigüeña, allí llamada tuyango [*Euxenura maguari* Gm.]. Al borde de los caminos se alza de vez en cuando, un gigantesco quebracho colorado, con sus retorcidas ramas, apenas cubiertas por algunas hojas. Allí hacen su nido los loros [*Thectocercus acuticaudatus* (Vieill.)] y en su alrededor sus dueños están continuamente en animada gritería.

Cerca y alrededor de las casas andan y anidan las familiares tijeretas [*Muscivora tyrannus* (Linn.)] en los eucaliptus, cuyas ramas más altas son elegidas por las alegres golondrinas [*Tachycineta leucorrhoa* (Vieill.)]; el benteveo o quetupí [*Pitangus sulphuratus bolivianus* (Lafr.)] lanza su fuerte grito, al paso que su modesto y tranquilo pariente: el ovejero [*Machetornis rixosa* (Vieill.)] acecha algún insecto, dejando oír su grito una especie de gorjeo, muy leve. Las cotorras [*Myiopsitta monacha* (Bodd.)] en los árboles, algo alejados gritan y alborotan, bastando a veces dos o tres para aturdir con sus chillidos, en forma tan molesta que no es raro oír algún tiro para ahuyentarlas al monte a donde van sin suspender por eso de gritar.

Alejándose algo de la población se ve al manso cardenal [*Paroaria cucullata* (Lath.)] de roja cresta y canto monótono, o a sus pichones de copete pálido. La urraca o pirineho (*Guira guira*) llegando del monte en bandadas de 5 ó 6 individuos, con su grito que repite mientras vuela y se asienta en lo alto de los árboles usando de su larga cola para guardar

el equilibrio. El hornero [*Furnarius rufus* (Gm.)] con su traje ladrillo y su andar majestuoso que sabe gritar a compás con sus compañeros. Aquí no he advertido ningún nido de hornero en postes; todos estaban en los árboles.

De coloración parecida al hornero, el cacholote [*Pseudoseisura lophotes* (Reichenb.)] con su copete siempre erguido deja oír su grito con el que parece querer imitar también a su congénere, lo profiere a destiempo y en una forma más bien desagradable. Algunas palomitas [*Columbina picui* (Temm.)] se asientan y recorren el suelo en busca de semillas y su prima la paloma de monte [*Zenaida auriculata* (Des Murs)] abandona a nuestra aproximación con precipitado batir de alas su nido con poco esmero fabricado.

En el duraznero que a la sazón llevaba los frutos, he visto dos pájaros además de las mulatas y tordos [*Molothrus badius* (Vieill.) y *M. bonariensis* (Gm.)] de los naranjeros *Thraupis bonariensis* (Gm.) y *Thraupis sayaca* (Linn.) del que no conozco nombre común. Los gorriones no faltan. Felizmente habían relativamente pocos y no los oía.

Para consuelo de los que como yo no se habían acostumbrado a dejarse picar por los mosquitos, de los cuales hay una gran cantidad y diversidad de formas y tamaños, existe un destructo, que los engullen sin descanso durante las 24 horas del día. Desde el amanecer hasta la puesta del sol, surcan el aire las golondrinas, que como se sabe son mortales enemigos de los mosquitos y demás insectos; a partir de esa hora, durante el crepúsculo, hasta cerrada la noche, y luego antes de clarear hasta la salida del sol, andan los dormilones [*Podager nacunda* (Vieill.)] con su vuelo rápido y fácil, su enorme boca con bigotes, y por último aparecen los murciélagos, esos mamíferos alados, que como la lechuza han sido condenados por la ignorancia del vulgo, tal vez simplemente porque eran útiles... En la noche oscura se oyen con frecuencia sus chillidos lo que prueba su abundancia.

Internándome algo en el campo rodeado de monte, he visto cardenales amarillos [*Gubernatrix cristata* (Vieill.)], carpinteros grandes [*Scapanus leucopogon* (Valenc.)] y más escaso el carpintero chico [*Dytiopticus mixtus* (Bodd.)]. De vez en cuando se observa de lejos un pajarito que parece que fuera un error de la Naturaleza, su color tan llamativo, lo hace visible desde muy lejos; me refiero a la palomita de la Virgen [*Taenioptera irupero* (Vieill.)]. Entre las ramas juegan bajando y subiendo en posiciones curiosas, al mismo tiempo que profieren un grito de llamada parecido al de la ratona, los piojitos azulados [*Polioptila dumicola* (Vieill.)].

En cuanto a las rapaces están principalmente representadas por los caranchos [*Polyborus phaneus* (Miller)] y los cuervos [*Coragyps atratus brasiliensis* (Bp.)] presentes a toda carneada o disputándose los despojos de algún animal muerto, con lo cual indican este acontecimiento al hombre de campo. Además he visto a los caracoleros [*Rostrihamus sociabilis* (Vieill.)] que, describiendo círculos en el aire ayudados por su cola en abanico, parecen aviadores examinando prolijamente el campo enemigo.

Seguramente esta breve noticia es sumamente incompleta y además en muchos casos he aplicado los nombres vulgares que usamos en Buenos Aires, por desconocer el regional; este defecto está corregido en parte gracias al trabajo que nombres vulgares de algunas aves de Santa Fé, publicó en el N.º 2 del volumen III de EL HORNERO, D. Gregorio Niedfeld.

ADOLFO RENARD, M.A.S.O.P.